

RADICALMENTE

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.
S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades



16 DE AGOSTO, 2016 - I.14

POBRECITOS MÍOS

(QUE SE ME MUEREN...)

“Si quieres vivir de ellos, vive para ellos; pero entonces, amigo mío, habrás muerto...”

Cómo iba a imaginar aquel pobre hombre, anónimo, acomodado en la hierba fresca, uno más entre otros cinco mil, mientras devoraba con fruición aquel trozo de pan y un pescado, o dos, a la sombra del robusto árbol, o cuando echaba las sobras en el cesto que le tendía Felipe, que su historia traspasaría los tiempos; que aquella situación en la que estaba envuelto cargaba la eterna trascendencia que le imprimía Dios mismo.

Sabía el Cristo, cuando elevaba los ojos al cielo para pedir por él, al llenar la tarde de innumerables pececillos, que aquél mismo hombre, más tarde, gritaría, hasta quedar sin voz el ¡Crucifícale! Era un pobrecito que ni al querer hacerlo rey para que le continuara repletando sus materialidades, ni al condenarle a muerte, sabría lo que hacía. Repetía, entusiasmado, lo que le decían los otros del coronarle. Obedecía a las autoridades que le obligaban a la imperativa necesidad de asesinarle.

Es el mismo de hoy, el mismo hombre que vocifera en contra del mismo Cristo, de idéntico Dios; blasfema, odia a la Iglesia; asesina los mismos mártires de antaño; aprueba, eleva, a idénticos Pilato y Caifás corruptos y modernos, que desde la cumbre del poder le envilecen llevándole a donde sin saberlo sólo hay un crujir de los dientes, desolación, abatidas tristezas. Allí los dejan, allí son útiles, allí se quedan.

¿Me duelen? ¿Los desprecio? ¿Los siento míos? ¿Qué hago...: al menos lo que puedo, lo mínimo que puedo? ¿Viro mi rostro al otro lado? ¿Me quejo en una esquina de una calle desierta? ¿Me refugio, cobarde, en un rincón, inmovilizada mi conciencia? ¿Me uno y vocifero, uno más entre ellos? ¿Tiemblo ante los profanadores, a sus amenazas, a sus insultos, a sus desprecios? ¿Los reto, los enfrento, les grito mis verdades? ¿Tengo lo que hay que tener para hacerlo? ¿Aplaudo a Anás, aduló a Herodes; o, como ellos, vivo de ellos?

Pobrecitos míos los pobrecitos Suyos. ¡Pobre de mí si no lo entiendo! Muy pobre yo si paralizada el alma no me alzo y erguido me echo a andar; si no me revisto de lanza y yelmo y les doy palabra, libros, entendimiento, sesos; si no les remuevo, y alzados en mis brazos, alzados desde el suelo, alzados hasta el cielo, los amo mucho, y les incrusto fe, y les doy esperanzas; y les enseño cómo pescar, tras mostrarles que hay barcas, y redes y anzuelos. Si no les digo que Dios los ama, que son sus hijos, que Pilato es un cobarde, y los fariseos son fariseos porque mienten y engañan; y como ellos, los que los gobiernan son chupópteros que los esquilman y viven de ellos porque nunca un gobierno ha producido nada, que les arrojan las migajas de lo que de ellos roban; que los ejércitos que los sustentan allá arriba los pagan los de acá abajo: usados por aquéllos, les pagan ellos; que los reyecitos esos le descalabran, le hurgan en al pecho, porque esclavizados son dóciles y "buenos"; buscan que, entretenidos, griten sus gritos, los gritos de ellos"; y que es muy conveniente que lo continúen siendo: sus corderillos ignorantes, ciegos.

Hay que atravesarle el negror a los salteadores de inocencias; a los que no entran por la puerta del amo del redil, al pastor falso que se salta la cerca. Estorba el Cristo, estorba la verdad, estorban las radicalidades.

Te han arrebatado la más evidente de todas las verdades: que te vas a morir. El mendrugo que te lanzan día tras día esconde lo esencial: que eres libre, que no eres de ellos ni les debes nada: que tu

dignidad no la dan ellos: que tiene un fundamento único y precioso: Dios. Un Dios que te creó, te colocó aquí y ahora; sin contar con ellos; te hizo irrepetible e insustituible, y te dotó de unos talentos tuyos para que te forjaras un proyecto de vida que si no fraguas se queda sin hacer; que ese hueco no lo rellena nadie que no seas tú mismo; y se te ha dado un tiempo para hacerlo en que se entrelazan destino y albedrío, un tiempo largo, un tiempo corto, porque vas a morir. Tienes hoy, y mañana, y pasado mañana para que libre de modorras, te preguntes e inquietes, sin recetas materialistas, envilecedoras, qué hacer con este yo que es más que cuerpo, que es más que instintos. Hay cielos limpios, auroras, nieves que esconden rosas es sus entrañas. Hay una esencia en ti que hay que preservar porque habrás de morir y acaso sólo te transformes en otra cosa, en una mariposa de celajes, en ángel, en demonio, o en tu mismo-mismo; tu mismo alguien que habite junto a Dios. No puedo demostrar que existe ese Dios, sólo apuesto a que sí, que hay trascendencia... ¿Y si existiera? Un día no estarás aquí. Y esa esencia, eso que te bulle en el cuerpo, que se rebela a no dejar de ser, que cuando te entierren no se entierra, ¿dejará de existir?

¡Vive! Derriba la losa de tu sepulcro nuevo, que no has rodado tú... la han rodado ellos. Yérguete limpio. Odia los odios asesinos, los miedos de no tener ya miedo, el no miedo que te lleve a guerrear, que te haga sufrir. Odia al lobo tan manso. Ama la espina, ama el sendero escarpado y salvaje, ama las llagas en los pies, la sed, el hambre, la virtud, el pan que es ázimo y el vino; respeta al niño, a la mujer, al sabio, al viejo, al otro, ámate a ti en él. Busca a Dios, a ver si existe, búscale adentro que si existe es ahí que existe. Si le encuentras, abrázate a Él desesperadamente; si no le encuentras sigue buscando desesperadamente, que sí existe.

Pobrecito mío... pobrecito de mí si no te inquieto, si no te contagio mis espantos; si no te estremezco con la realidad más cruda: te me vas a morir, y a Pilato no le importa; te importa a ti, le importa a Dios; me tiene que importar a mí, porque pobre de mí si no te hago mío, si no te digo esto.

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo. Jorge.